

## Mis secretos de escritor: Woody Allen

“Antes de hablar de la forma como encaro mi trabajo de escritor, voy a hacer algunas precisiones previas. Mucha gente sólo conoce mi faceta como escritor de guiones para cine y teatro, en donde prevalece el humor, y como director de películas. Pero la verdad es que yo también escribo prosa, he concluido una novela, y si me preguntaran en cuál de estas actividades me siento más cómodo, te diría sin dudarle un solo instante que me siento más cómodo escribiendo prosa. Disfruto y me gustaría más dedicarme a escribir novelas, que estar escribiendo guiones para cine y teatro o dirigiendo películas.

¿Por qué? Se preguntarán algunos. Y lo voy a explicar de la manera más prolija posible.

Mi experiencia me ha indicado que escribir para los diferentes medios son emprendimientos completamente diferentes. Escribir para el teatro es algo muy diferente que escribir para una película, y ambas cosas son completamente diferentes a escribir prosa. La tarea más exigente es escribir prosa, creo, porque cuando uno ha terminado, ése es el producto final. El guión, en cambio, es un vehículo para que los actores y el director desarrollen los personajes. En el caso de las películas, simplemente garrapateo un par de notas para una escena. No es necesario escribir en absoluto, solo hay que hacer unas notas para la escena, que se escriben teniendo en cuenta a los actores y la cámara. El verdadero guión es una necesidad para el *casting* y el presupuesto, pero el producto final no tiene demasiada semejanza con el guión... al menos en mi caso.

Pero en una novela uno ejerce el control sobre todo el material. Ese es un gran atractivo. Otro gran atractivo es que cuando uno ha terminado puede hacerla pedazos y tirarla a la basura. Mientras que, en el caso de una película, es imposible hacer eso. Hay que mostrarla, aunque a uno no

le guste. Y podría agregar que el tiempo es mejor cuando uno es escritor de prosa. Es mucho más divertido levantarse a la mañana, ir hasta la habitación de al lado y quedarse solo y escribir, que levantarse a la

mañana y tener que ir a filmar una película. El cine es muy exigente. Es un trabajo físico. Uno tiene que estar en algún sitio, según un programa, a cierta hora. Y depende de las personas. Sé que Norman Mailer dijo que si él hubiera empezado actualmente su carrera, podría dedicarse al cine en vez de ser novelista. Creo que el cine es una actividad de jóvenes. En su mayor parte, es agotadora. Más allá de cierto punto, creo que no quiero ese esfuerzo. Quiero decir que no deseo sentir toda mi vida que tengo que levantarme a las seis de la mañana, salir de mi casa a las siete y encontrarme en alguna calle helada o en algún campo, filmando.

Tennessee Williams dijo que lo más irritante de las películas es que uno tiene que producirlas... uno no puede escribirlas y dejarlas en el cajón. En el caso de un libro, no es así. De modo que el impulso en mi caso, siempre parece ser el de novelista. Es algo muy deseable. Uno piensa en Colette, sentada en su departamento de París, mirando por la ventana y escribiendo. Es una vida muy seductora. En realidad escribí una primera versión de una novela en París, cuando estaba haciendo *La última noche de Boris Grushenko* (*Love and Death*). La tengo en casa, manuscrita, dentro de un cajón, sobre una pila de papel... la he tenido allí durante años. Como que la he estado guardando para cuando ya no tenga energía y no esté más en condiciones de filmar. Es bueno tener una novela por delante. Sé que algún día ellos me condenarán por filmar y me dirán: “No queremos que haga más esto”, o que yo me cansaré de hacerlo. Espero que la novela esté bien. Quiero decir, no es una maravilla, pero es una novela, una historia que podía contarse de esa manera. A veces he pensado en tomar la idea y convertirla en una obra teatral o en una película, pero extrañamente no funciona de ese modo. Si es que funciona, es como novela. Ocurre en prosa.

Ahora bien, ¿cómo es que yo produzco una novela, si es que puedo hablar tan presuntuosamente? Sucede así.

Siempre empiezo por la página uno. Es un viejo hábito que me quedó de escribir para el teatro. No puedo concebir la idea de escribir el tercer acto antes del primero, o un fragmento del segundo acto fuera del orden cronológico. Los acontecimientos que ocurren más tarde –la interacción

entre los personajes, el desarrollo del argumento, dependen demasiado de la acción que se lleva a cabo al principio. No puedo concebir algo fuera de la secuencia. Adoro la forma narrativa clásica en una pieza teatral. La adoro también en una novela. No me gustan las novelas que no son básicamente historias claras. Sentarse a leer a Balzac y a Tolstoi es, aparte de todo lo demás, un gran entretenimiento. En el caso de una obra teatral, cuando se alza le telón y veo gente dentro de cubos de basura, sé que debo admirar la idea cerebralmente, pero no significa demasiado para mí. He visto a Beckett, junto con vanguardistas mucho menores, y muchas obras contemporáneas, y puedo decir sí, eso es inteligente y profundo, pero en realidad no me importa. Pero cuando veo a Chejov o a O'Neill, donde hay hombres y mujeres en crisis clásicas humanas, eso sí me gusta. Sé que es anticuado decir esto en esta época, pero las cosas basadas, por ejemplo, en el "lenguaje" –los más inteligentes ritmos del habla, en realidad no me importan. Quiero escuchar a la gente hablar de manera común, aunque a veces sea poético. Cuando uno ve "La muerte de un agente viajero" o "Un tranvía llamado deseo", se interesa en la gente y quiere ver qué ocurre después.

Cuando tuve la idea para la obra que escribí para el Lincoln Center –The Floating Lightbulb–, estaba decidido a escribir sobre personas comunes en una situación simple. Deliberadamente traté de eludir algo más elaborado que eso. En el cine, por raro que parezca, no siento lo mismo. En las películas soy mucho más proclive a las distorsiones temporales y a las abstracciones.

Algunas veces me preguntan cómo es que yo trabajo realmente, cómo son mis instrumentos y en esto tampoco tengo grandes misterios. Yo he escrito en blocks borrador, en papelería de hotel, en fin, en cualquier cosa que tenga a mano. No tengo remilgos en esas cosas. Escribo en cuartos de hotel, en aviones, en mi casa, con gente alrededor, en cuadernos. No tengo problemas con eso... dentro de los estrechos límites en que puedo hacerlo.

Ha habido algunas historias en las que simplemente me he sentado ante la máquina de escribir y he escrito sin interrupciones del principio al fin. Hay algunos artículos que he escrito en cuarenta minutos. Y hay otras

cosas con las que he luchado y con las que he agonizado durante semanas y semanas. Es muy azaroso.

En ciertas ocasiones he escrito cosas que fluyen fácilmente y han sido bien recibidas, otras veces no; es decir, no son bien recibidas. Y también me ha sucedido exactamente lo contrario. Cosas con las que he luchado días y días y son mal recibidas y otras veces son bien recibidas. Pero, en realidad, no es un esfuerzo tan tremendo como lo creería alguien que no puede hacerlo. Por ejemplo, a los dieciséis años conseguí mi primer empleo. Era un cargo de escritor cómico para una agencia de publicidad en Nueva York. Iba a esa agencia todos los días después de la escuela y escribía chistes para ellos. Ellos atribuían esos chistes a sus clientes y los ponían en las columnas de los periódicos. Yo iba en el subte, en el vagón atestado y colgado del pasamanos. Sacaba un lápiz, y cuando llegaba tenía anotados cuarenta o cincuenta chistes... cincuenta chistes diarios durante años. La gente me decía: “No lo creo... cincuenta chistes por día y escritos en el tren”. Créanme, no era para tanto. Pero si veo a alguien que pueda componer música... ¡no entiendo cómo empiezan, o cómo termina, ni nada! Pero como siempre pude escribir, para mí no era nada. Siempre pude hacerlo... dentro de mis limitaciones. Creo que si hubiera tenido una educación mejor, una formación mejor, y tal vez una clase de personalidad diferente, podría haber sido un escritor importante. Es posible, porque creo que tengo cierto talento, pero nunca tuve interés en eso. Crecí sin interés en nada académico. Podía escribir pero no tenía interés en leer. Solo practicaba deportes y los veía, leía *comics*; nunca leí una verdadera novela hasta que entré a la Universidad. Simplemente no tenía interés en nada de eso. Tal vez, si hubiera tenido una formación diferente, podría haber ido en otra dirección. O si los intereses de mis padres, mis amigos y el ambiente en que crecí hubieran estado más dirigidos hacia cosas a las que más tarde fui sensible, las cosas podrían haber sido diferentes. Tal vez yo hubiera sido un novelista serio. O tal vez no. Pero ahora es tarde, y simplemente me siento feliz de no tener artritis.

Por eso es que también les digo a quienes me preguntan si no temo quedarme alguna vez sin ideas, que no, que nunca he tenido esa sensación. La gente siempre me pregunta: “¿Alguna vez piensa que despertará una

mañana y no será gracioso?” Esa idea nunca se me ocurriría... es una idea extraña, poco realista. Porque lo gracioso y yo no somos dos cosas distintas. Somos una sola cosa. Así que es todo lo contrario. Ando siempre con congestión de ideas. Se me ocurre una idea mientras camino por la calle y la registro inmediatamente. Y siempre quiero convertirla en algo.

Para mí, el mejor momento es cuando he terminado con un proyecto y estoy decidiendo el nuevo. Y eso ocurre porque es un periodo en el cual todavía no ha intervenido la realidad. La idea en la imaginación es maravillosa, y uno la analiza en el perfecto fulgor de un segundo... es algo bellamente concebido. Pero después uno tiene que llevarla a cabo, y entonces ya no se concreta tal como era en la propia fantasía. El problema empieza en la producción, allí es donde empieza a imponerse la realidad. Como decía, lo más próximo a la realización de un concepto, para mí, es la prosa. Con casi todas las cosas que he escrito y publicado, he sentido que he concretado mi idea de manera satisfactoria. Pero nunca, jamás he sentido eso, ni siquiera me he sentido cerca de la concreción en todo lo que he escrito para el cine o para el teatro. Siempre sentí que había tenido una idea tan deslumbrante, ¿en qué me había equivocado? Y uno se equivoca desde el primer día. Cualquiera cosa es una concesión. Por ejemplo, uno no va a conseguir a Marlon Brando para el guión, sino que va a conseguir a alguien menor. La habitación que uno ve en su imaginación no es la habitación donde está filmando. Siempre es un tema de grandes aspiraciones, de sueños grandiosos, de gran confianza y desafío, y de gran valor cuando se está ante la máquina de escribir; y después, cuando estoy terminando una película y todo ha ido horriblemente mal y la he reeditado y la he refirmado y he tratado de arreglarla, solo se trata de una lucha por la supervivencia. Uno está simplemente feliz de estar vivo. Se han esfumado todas las metas y propósitos exaltados, todas las inflexibles nociones de una obra de arte perfecta, y uno lucha simplemente para impedir que la gente invada la sala armada de plumas y alquitrán. En el caso de muchas de mis películas –casi todas, si yo hubiera podido llevar a

la pantalla lo que había concebido, hubieran sido películas mucho mejores. Afortunadamente, el público no sabe lo grande que era la película en mi cabeza, así que me salvo”.

